

## UNA REFLEXIÓN EN TORNO AL DISCURSO DOGMÁTICO

### A reflection on dogmatic discourse

Javier Gimeno Perelló \*

Universidad Complutense

[jgimeno@ucm.es](mailto:jgimeno@ucm.es)

---

### RESUMEN

El hombre ha desarrollado a lo largo de la Historia diferentes formas de ficción. En esta reflexión se pretende analizar algunas de las que más han influido en sus formas de vida, como las relacionadas con la religión, el nacionalismo o los sistemas de poder político. Permeados entre sí, los discursos religiosos, y de algún modo, los nacionales, han surgido como dogma, y muchas de las narrativas vinculadas al poder se han vuelto dogmáticas, en especial, las relacionadas con sociedades autoritarias. Las corrientes librepensadoras y las sociedades democráticas libres pretenden ser ajenas a la ficción dogmática, pero tampoco están libres de ella, como asimismo las ideologías políticas.

**PALABRAS CLAVE:** FICCIÓN; DISCURSO RELIGIOSO; DISCURSO NACIONALISTA; DISCURSO POLÍTICO; LIBREPENSAMIENTO; DEMOCRACIA; AUTORITARISMO; IDEOLOGÍA;

### ABSTRACT

Throughout history, man has developed different forms of fiction. This reflection aims to analyze some of the ones that have most influenced their ways of life, such as those related to religion, nationalism or political power systems. Intertwined, religious discourses, and in some ways, national ones, have emerged as dogma, and many of the narratives linked to power have become dogmatic, especially those related to authoritarian societies. Free-thinking currents and free democratic societies claim to be alien to dogmatic fiction, but neither are they free from it, as are political ideologies.

**KEYWORDS:** FICTION; RELIGIOUS DISCOURSE; NATIONALIST DISCOURSE; POLITICAL DISCOURSE; FREETHINKING; DEMOCRACY; AUTHORITARISM; IDEOLOGY;

Fecha de recepción del artículo: 24/11/2019

Fecha de Aceptación: 12/02/2020

---

---

Citar artículo: GIMENO PERELLÓ, J. (2020). Una reflexión en torno al discurso dogmático. *eco. Revista Digital de Educación y Formación del profesorado*. nº 17, CEP de Córdoba.

---

## INTRODUCCIÓN

Desde sus orígenes, el ser humano ha aprendido a sobrevivir no sólo luchando contra los elementos naturales, descubriendo el fuego para calentarse o creando herramientas para cazar, sino también dominando la técnica de la ficción<sup>1</sup> para tratar de explicarse fenómenos incomprensibles. Los cromañones, y antes probablemente los neandertales, fueron capaces de crear en sus cuevas obras de arte, muy elaboradas en muchos casos, que acaso les ayudarían a soportar los rigores de la vida y soñar, tal vez, con un futuro ideal. Cuando el *sapiens sapiens* adquirió la habilidad del lenguaje articulado, comenzó a elaborar sus propias narrativas, producto de sus actividades y de su imaginación, transmitidas oralmente entre comunidades y generaciones; ficciones que más tarde quedaron fijadas mediante la escritura y han surcado la historia de la humanidad hasta nuestros días. Fantasías, en definitiva, que han confeccionado mitos, dioses o utopías y han sido y siguen siendo en la actualidad ensoñaciones del hombre para tratar de explicar la realidad, conjurar los males de la existencia o soñar la inmortalidad.

---

<sup>1</sup> Utilizaremos indistintamente términos como ficción, narración, narrativa, discurso o relato. Desde hace algún tiempo, se ha puesto de moda este último, y como ocurre con las palabras cuando se utilizan de forma abusiva en diferentes contextos, se acaban desgastando y de alguna manera pierden el *brillo* de su significado

Entre las ficciones más conocidas figuran las que incorporan en su discurso un cuerpo de dogmas<sup>2</sup>, siendo las de naturaleza religiosa, política y nacionalista las más extendidas. Hay que señalar que muchas de esas narrativas están permeadas entre sí: narrativas o relatos políticos que a su vez son religiosos y/o nacionalistas; estos últimos son políticos igualmente, y en casos como el judío o musulmán, también religiosos. Frente a todos ellos, mencionaremos los discursos producto del libre pensamiento, cuya naturaleza dista de ser dogmática, si bien no en todos sus aspectos, como podremos observar.

### El discurso religioso

Entre los muy numerosos relatos religiosos contruidos sobre dogmas, los que forman parte de las tres grandes religiones monoteístas actuales son acaso los más dominantes.

Siguiendo un orden cronológico, empezaremos por el judaísmo. Comparte con las otras dos doctrinas monoteístas la convicción de presentarse como la revelación de Dios a los hombres, y no como una religión más entre el conjunto de creencias. Además de ser una de las tres grandes del monoteísmo, el judaísmo posee un destacado componente nacionalista, acaso mayor que las otras dos, y desde luego, mayor que el cristianismo, con alguna excepción que veremos. La identificación de religión y nación judía es absoluta, adquiriendo aquélla en sus orígenes la condición de *tribal*, al igual que el Islam. Si algo

---

2 Seguiremos las tres acepciones que sobre el vocablo dogma ofrece el Diccionario de la Academia de la Lengua: 1. Proposición tenida por cierta y como principio innegable. 2. Conjunto de creencias de carácter indiscutible y obligado para los seguidores de cualquier religión. 3. Fundamentos o puntos capitales de un sistema, ciencia o doctrina.

caracteriza a la nación judía es su consideración de pueblo exiliado y perseguido desde la conquista del reino de Israel en el año 722 a.C. por los asirios. En el año 587 a.C. fueron deportados decenas de miles de hebreos a Babilonia por el rey Nabucodonosor II – el llamado “cautiverio de Babilonia”-. A lo largo de su historia, los judíos han sido expulsados de diferentes lugares. Como bien conocemos, en el siglo XX la humanidad sufrió la que muchos historiadores y otros estudiosos coinciden en calificar como su mayor tragedia vivida, el genocidio de seis millones de judíos, más unos cinco millones de otras nacionalidades, etnias y credos políticos, según fuentes solventes. En consecuencia, no se puede entender esta religión sin su componente nacionalista ni tampoco sin la deriva política, como por otra parte ocurre también en el mundo musulmán.

Bajo la óptica judaica, los tres discursos, el religioso, el nacionalista y el político, se reducen a una sola palabra: Israel. “Los pensadores de ascendencia judía vivieron la tensión entre cosmopolitismo y etnonacionalismo de distintas maneras, y su ambivalencia en muchos casos se intensificó con el Estado de Israel”. Son palabras de John A. Hall, biógrafo de Ernest Gellner<sup>3</sup>.

El judaísmo, y en particular su variante más extrema, el sionismo, inculca a sus fieles la misión de promover la nación judía representada en Israel, proteger la pureza de su religión y de su lengua, o recuperar los territorios perdidos, sometiendo al pueblo palestino a una de las más cruentas persecuciones y represión de la época actual. El sagrado rito del *Sabbat*, que se extiende desde la puesta de sol del viernes hasta la del sábado, obliga a los

---

<sup>3</sup>Gellner, E.: Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales. Gedisa, 2019

judíos ortodoxos a no hacer nada, salvo rezar, hasta tal punto de que, por ejemplo, ni siquiera les es permitido cortar papel higiénico. En las escuelas rabínicas los niños sólo aprenden Historia del Pueblo Judío, de tal modo que desconocen la Historia universal –algo muy común a los nacionalismos. Si algo caracteriza al sionismo es el desconocimiento, cuando no desprecio, del resto del mundo *gentil*.

Para el Gobierno israelí, Jerusalén es la capital *eterna* del pueblo judío, y por consiguiente, indivisible, no pudiéndose establecer una capitalidad compartida entre cristianos, musulmanes y judíos. Éste es, entre otros, uno de los grandes obstáculos para una posible pacificación del conflicto árabe-israelí. Como señala el historiador Harari<sup>4</sup>, no deja de ser, cuanto menos, curioso que una ciudad cuyos orígenes se remontan a 5.000 años atrás -y el pueblo que la ha tomado como suya tenga no mucho más de 3.000 años de existencia-, sea considerada *eterna* por las autoridades israelíes, frente a los 4.500 millones de años que tiene la Tierra y los 13.800 millones de vida que, según cálculos astronómicos, le quedan al Universo. Seguramente, los propagadores de esta condición atribuida a Jerusalén estén en la completa certeza de que la capital judía va a permanecer eterna durante los próximos 13.800 millones de años, incluso habiendo sido la Tierra absorbida *algo* antes por otro sol diferente del nuestro, dentro de unos 7.500 millones de años.

Siguiendo el orden cronológico, el cristianismo, a pesar de haber sido engendrado por el judaísmo, difiere de éste y del islamismo en la afirmación de la condición de divinidad de Jesús, su fundador.

---

<sup>4</sup> Harari: 21 lecciones para el siglo XXI. Debate, 2019

De los tres monoteísmos, el cristianismo es el más tolerante por haber vivido en su seno un importante proceso de reforma, protestante en su caso, que los otros dos no han experimentado. Es, como hemos apuntado antes, el credo menos nacionalista en su conjunto, salvo algunas excepciones en el ámbito del catolicismo, tanto en el pasado como en el momento actual. En el pasado reciente de España, no podemos por menos de mencionar el fenómeno bajo el cual la identificación religión/Estado (política)/nación es acaso más absoluta: la doctrina *nacionalcatólica* con la cual la dictadura franquista modeló su credo religioso-político-nacionalista, haciendo del catolicismo la religión oficial del Estado. En el momento actual, el país que acaso representa mejor el maridaje de la religión –también la versión católica del cristianismo- con el Estado y el sentimiento nacionalista es Polonia, cuyos gobiernos, desde la caída del socialismo, han hecho de la católica su religión *quasi* de Estado y su modo de sentir nacional.

El relato cristiano actual es acaso menos rígido y más permisivo con sus preceptos que los otros dos del monoteísmo. Incluso los católicos han relajado bastante sus costumbres, especialmente en los países occidentales desarrollados. Los más practicantes suelen cumplir mandamientos como acudir a misa en días festivos (válido también para vísperas y sábados), confesarse y comulgar nada menos que *comiéndose* simbólicamente el cuerpo de Cristo. Mediante la confesión, el católico redime sus pecados con una penitencia, de tal modo que *puede* cometer otros tantos hasta la siguiente confesión, y así sucesivamente. Como se trata de un dogma, no es necesario demostrar –pero, a efectos de la fe, tampoco importa- que Jesucristo fuera el hijo de Dios, nacido de una mujer virgen, y constituya el segundo elemento de la *Santísima Trinidad*;

como tampoco la función del Espíritu Santo o por qué éste se presenta en forma de paloma. Sin embargo, se han vertido ríos de sangre en cruentas guerras por las diferentes interpretaciones del relato cristológico. Así, el cisma entre las dos grandes corrientes del cristianismo, la oriental (Focio, 858) y la occidental (Miguel Cerulario, 1054), se inició a partir del término *filioque* (en latín, “y del hijo”): la occidental quería incluirlo en la profesión de fe, mientras que los orientales se opusieron a ello con virulencia.

El credo musulmán, último en la cronología del monoteísmo, explica cómo Alá creó el universo y sus leyes (*Sunna*), las cuales revelaría a los hombres por medio del libro sagrado, el Corán. El término *islam* se aplica al conjunto de creencias que conforman tanto la ortodoxia como las diferentes sectas que se suceden en muchos países que profesan esta religión.

Por sus orígenes y su evolución hasta hoy, el islam está impregnado también de nacionalismo. Fundado por Mahoma en el s. VII d.C., pronto se extendió, merced a los cuatro primeros califas sucesores de Mahoma, y fundamentalmente, el califato omeya de Damasco (650-750), a enormes regiones desde el Indo hasta el Atlántico y la costa meridional mediterránea. A pesar de sus períodos de declive y divisiones políticas, religiosas o territoriales, el islam no ha perdido su influencia moral, económica, institucional o política. La caída de Constantinopla y su extensión a todo el Imperio Otomano, su penetración en la India, en países asiáticos, en buena parte del continente africano, en regiones de los Balcanes, además de en los países árabes, conforman un vasto Imperio islámico.

Pero, a diferencia del judaísmo, cuyo componente nacionalista se circunscribe al Estado de Israel, el islam no se concentra en un solo país y no en

todos se identifica de la misma manera con el Estado. En determinados países donde predomina el islamismo se ha extendido su versión más radical, que determina un nacionalismo supremacista e impregna la vida social y cultural, además de la política; es el caso de Irán, Afganistán, Arabia Saudí, Emiratos Árabes y otros, donde, como sabemos, las mujeres tienen restringidos la mayor parte de sus derechos. Otros países, como Túnez, cuya religión *oficial* es la musulmana, no imponen tantas restricciones a sus ciudadanos y a día de hoy no se puede afirmar que la religión presuponga un nacionalismo excluyente, aunque la sombra del integrista está muy presente. No en vano, la llamada *primavera árabe* surgió en este país y acaso sea el único donde de una u otra forma ha perdurado.

Desde los atentados de las Torres Gemelas se ha extendido el fundamentalismo islámico por buena parte de los países de esta religión, como bien sabemos. Estados cuyos gobiernos eran más democráticos, más tolerantes y menos autoritarios, como Turquía o Argelia, se han visto invadidos por corrientes integristas del islam y sus gobiernos, contaminados.

Únicamente los musulmanes cuya vida consista en rezar cinco veces diarias, cumplir estrictamente los 30 días de Ramadán, viajar a la Meca al menos una vez en la vida, donar dinero para la construcción de una mezquita, hacer la Guerra Santa (*yihad*), bien espiritualmente o con las armas, o dar limosna a los pobres, entre otros preceptos, alcanzarán la vida eterna en el paraíso de Alá.

A lo largo de la Historia, la contradicción entre nacionalidad y religión en muchos territorios ha sido y sigue siendo constante hoy día. "Puede uno hablar de árabes cristianos –recuerda Bernard Lewis- ... pero un turco cristiano es un absurdo y una contradicción en sus términos. Aún hoy... un no musulmán de



Turquía puede ser llamado un ciudadano turco, pero nunca un turco”<sup>5</sup>. Lo mismo cabría decir en el caso de ciudadanos iraníes, marroquíes, saudíes, afganos y en general, de países cuya religión –la musulmana en esos casos-, es la *oficial* del Estado.

### El discurso nacionalista

El filósofo y teólogo alemán del siglo XVIII, Johann Gottfried von Herder, precursor del romanticismo, sostenía que el nacionalismo es una *visión del mundo* y de la realidad humana dividida en pueblos o naciones. En este sentido, puede concebirse también como actitud emocional o sentimiento de adhesión a un territorio, lo cual lleva implícita la identificación y lealtad del individuo con su colectividad.

Podemos señalar con el filósofo checo Ernest Gellner que el nacionalismo como lo conocemos hoy surge en el siglo XIX al calor de la Revolución industrial y de la mano del Romanticismo, contemporáneo de las grandes ideologías seculares, período en el que se acuñó el concepto *Volkgeist* o *espíritu del pueblo*: “Las civilizaciones agrarias no engendran nacionalismo; son las sociedades industriales las que lo engendran”<sup>6</sup>. La industrialización, como una de los resultados más significativos de la Revolución burguesa, trajo como consecuencia el predominio de la cultura. Con ello, la alfabetización, la extensión de la educación o la lengua. Al mismo tiempo, la doctrina religiosa inicia una suerte de decadencia, consecuencia también de haberse entregado la nueva sociedad al desarrollo económico propio del modelo productivo capitalista, así

5 Lewis, B.: The emergence of modern Turkey. Oxford, 2ª ed., 1968, pp. 14-15

6 Gellner, op. cit., p. 29

como al crecimiento cognitivo que en no pocas ocasiones resulta incompatible con prácticas rituales, con valores morales y en general con formas y estructuras sociales agrarias. “Así nace la edad del nacionalismo”, asegura Gellner<sup>7</sup>. Como también señala el historiador José Álvarez Junco, “sólo con el Romanticismo llegó el principio de las nacionalidades, lo que dio lugar al intento de adecuar las fronteras políticas a las unidades étnico-culturales; pero también a toda una reinterpretación de la cultura, y de la historia en particular, en términos nacionales”<sup>8</sup>

Por su parte, el filósofo e historiador Ernest Renan afirmaba que “la antigüedad no conocía las naciones en nuestro sentido; sus Estados ciudades conocían el patriotismo y también hubo conjuntos imperiales y otras aglomeraciones mayores, pero no naciones”, advirtiendo en 1882 del papel que tiene la amnesia en la formación de las naciones: “El olvido, incluso diría, el error histórico, son un factor esencial de la creación de una nación”<sup>9</sup>.

Renan señalaba asimismo que el nacionalismo en la Europa Occidental no se formó de la misma manera que en la Europa Oriental, con sus excepciones, como veremos en casos como Escocia y Cataluña, estudiados por John Elliot. Mientras en Francia o en el Reino Unido tuvo un papel relevante la voluntad de construir una nación frente a las cuestiones puramente etnográficas, en países como la República Checa o Rusia las epopeyas y leyendas medievales fueron determinantes<sup>10</sup>.

7 Ibid., pp. 27-28

8 Álvarez Junco, J.: Dioses útiles. Galaxia Gutenberg, 2016, p. 23

9 Renan, E: Qu'est-ce qu'une nation? París, 1882

10 Ibid., p. 68

Siguiendo a los principales investigadores del nacionalismo, no podemos asegurar en ningún caso que la Historia arroje argumentos científicos que justifiquen el surgimiento de una nación, sino, más bien, un conjunto de elementos subjetivos de diferentes categorías: desde mitológicas, legendarias o literarias, hasta etnográficas, antropológicas o lingüísticas (éstas con un peso considerable), pasando por aspectos históricos determinados convenientemente adaptados al interés nacional. Álvarez Junco define las naciones como “construcciones históricas de naturaleza contingente”, que se nutren de sistemas de creencias y de adhesión emocional que surten efectos políticos de los que se benefician ciertas élites locales”<sup>11</sup>.

El concepto de *nación* no surge, como afirman algunos historiadores, hace dos siglos, sino mucho antes, tal como sostiene y demuestra Álvarez Junco. Ya desde antiguo existían naciones, pero no como se entiende ahora, es decir, identidades colectivas con plena soberanía sobre un determinado territorio. En la era premoderna se hablaba de clanes, linajes, etnias y también de *naciones*, pero no en el sentido que nosotros le damos ahora porque “no estaba vinculado a la legitimación del poder como expresión de la voluntad colectiva”<sup>12</sup>. Las identidades nacionales “no son eternas –sostiene A. Junco-, no son hechos naturales... como los ríos o las montañas”, que surgieron en algún momento indeterminado del pasado. En unos casos, acabaron desapareciendo, como los imperios romano, otomano o bizantino; en otros, se mantienen vigentes.

Pero, como pasa en la Historia, nada es eterno, y menos las identidades colectivas. Ninguna nación que haya obtenido su independencia está libre de

---

11 A. Junco, op. cit., p. XIX

12 Id., p. 51

verse enfrentada en algún momento de su historia a nuevos movimientos nacionalistas surgidos al interior de sus fronteras. El término latino *natio* significa “nación” a la que se pertenecía por haber nacido en un determinado lugar. La ciudad de Roma se caracterizaba por acoger a personas procedentes de cualquier zona del Imperio, de modo tal que en sus barrios periféricos se asentaban, entre otras, las *nationes* de comerciantes judíos o sirios de la diáspora.

Álvarez Junco define nación como “conjunto de seres humanos entre los que domina la conciencia de poseer ciertos rasgos culturales comunes (es decir, de ser un *pueblo* o grupo étnico) y que se halla asentado desde hace tiempo en un determinado territorio, sobre el que cree poseer derechos y desea establecer una estructura política autónoma”<sup>13</sup>. Nación y Estado se confunden con frecuencia. El historiador resuelve esta confusión atribuyendo a nación un carácter cultural e histórico y a Estado una naturaleza jurídica y territorial. En virtud de ello, propone la siguiente definición de Estado: “Conjunto de instituciones públicas que administran un territorio determinado, dotadas de los medios coactivos necesarios para requerir la obediencia de los habitantes a las normas por ellos establecidas y extraer los recursos necesarios para la realización de sus tareas”<sup>14</sup>.

Otro término que asimismo se presta a confusión es *Estado nación*. El historiador estadounidense de origen checo Hans Kohn, investigador del nacionalismo, usó este concepto referido a un estado de mayor “intensidad administrativa” que las antiguas ciudades-Estado o las instituciones políticas del

---

13 Id., p. 46

14 Id., p. 46

Antiguo Régimen. Para Á. Junco no se sostiene la pretensión de asimilar Estado a nación, pues aquél “no puede presumir de una homogeneidad cultural que refleje con fidelidad el ideal nacional”<sup>15</sup>. Asegura que la fórmula *Estado nación* puede defenderse siempre que tengamos claro que nos estamos refiriendo a un constructo ideal desprovisto de realidad, y en este sentido, propone definirlo como “una estructura política soberana con fronteras claramente definidas que pretende coincidir con una nación o sociedad culturalmente integrada”<sup>16</sup>.

También es frecuente la identificación de nación con territorio. Una vez conseguida, el paso siguiente es la identidad étnica. Es una constante del nacionalismo insistir en sus diferencias para reclamar el control político del territorio. Cuando éste se ha consolidado, el siguiente paso es suprimir la heterogeneidad, sea cultural, lingüística, étnica, religiosa, etc., llegando incluso a establecer en su seno dos clases diferenciadas de ciudadanos, como vimos en el caso de los ciudadanos turcos no musulmanes. Constituida la nación independiente, tenemos a los “nacionales genuinos”, portadores del sentir y del espíritu de la nación, y al resto, es decir, ciudadanos de segunda, sean inmigrantes, no hablantes de la lengua vernácula y otros colectivos que por diferentes razones no son considerados auténticos ciudadanos nacionales.

La ideología nacionalista se sustenta en la denominada “autodeterminación de los pueblos”, principio que trató de aplicarse en el Tratado de Versalles, y la Sociedad de Naciones aceptó en referencia a las reivindicaciones de las minorías étnicas de Europa Central y Oriental. La ONU lo aplicaría años después a los territorios en proceso de descolonización de los

---

15 Id., p. 46

16 Id., p. 47

imperios europeos. Una vez transformadas las colonias en países independientes de sus metrópolis europeas, a los nuevos movimientos independentistas surgidos de las minorías étnicas les fue negado por los nuevos gobiernos el mismo derecho de autodeterminación que las Naciones Unidas les había reconocido. Esto obligó a que la Declaración de Viena de 1993 redujera este derecho a aquellos pueblos invadidos militarmente o que estuvieran bajo un régimen colonial. Hecho que no ha impedido, hasta el día de hoy, que grupos independentistas continúen reclamando la autodeterminación, por mucho que su situación nada tenga que ver con regímenes dictatoriales, militares o coloniales. Es el caso, por ejemplo, de Quebec, Escocia, País Vasco o Cataluña.

El historiador John H. Elliott realiza un riguroso estudio comparativo de los nacionalismos escocés y catalán<sup>17</sup>. En ambos casos, se reproduce buena parte de las pautas que antes señalábamos respecto de algunas naciones de Europa Oriental, aun siendo aquéllos nacionalismos occidentales. Uno y otro tomaban como referencias determinantes aspectos de su pasado medieval, y en ambos territorios, el poder lo había ejercido la monarquía con el apoyo explícito de las élites económicas. Los catalanes se fijan en el legendario Otger Cataló y en los condes de Barcelona como liberadores del dominio musulmán; los escoceses, en sus héroes Wallace y Bruce, protagonistas ambos de las luchas escocesas contra el dominio británico, aunque para ello defendieran un reino apoyado, como hemos señalado, por élites cuyos privilegios alimentaban a ambos. En uno y otro caso son aspectos muy selectivos y parciales de su respectiva historia, que no excluye la mitología, pero con un poder de seducción lo suficientemente

---

17 Elliot, J.: *Catalanes y escoceses, unión y discordia*. Taurus, 2019, pp. 362-363

fuerte para impregnar el imaginario colectivo hasta el día de hoy. “El pasado, aunque muy remoto, creó el contexto en el que librar las batallas del presente”<sup>18</sup>, manifiesta Elliot.

El historiador británico especialista en Oriente Medio, Elie Kedourie, se refirió a un “nosotros” en oposición a un “ellos”, considerando lo propio como lo “auténtico”<sup>19</sup>. En este sentido, tal como hemos visto, es consustancial al fenómeno nacionalista la percepción de las culturas extranjeras como una amenaza del sentir nacional. El paso siguiente es llegar al convencimiento de que lo propio, lo *nacional*, es superior al resto. La creencia, por tanto, de la superioridad innata al grupo que se pertenece, el grupo *nacional*. Tales ingredientes conforman sentimientos de identificación, adhesión o lealtad que pueden llevar implícito el sacrificio de intereses personales por la nación, incluida la libertad individual, e incluso, la propia vida, en cuyo caso estaríamos hablando de chauvinismo o jingoísmo, sinónimo de patriotería. A lo que podemos añadir otro ingrediente más: el racismo, como sentimiento de pertenencia a una raza superior, consustancial a la nación de la que se es oriundo. Este conjunto de elementos conforman una suerte de discurso, relato o ficción que podemos definir con expresiones usadas en el ámbito de la historia contemporánea, la ciencia política, la sociología o el periodismo, como *nacionalismo supremacista*, *populismo ultranacionalista* (término con el que se designa a la ultraderecha antieuropea)<sup>20</sup> o *ultranacionalismo patriotero* (expresión acuñada por el historiador Yuval N. Harari)<sup>21</sup>.

18 Id., p. 363

19 Kedourie, E.: Nacionalismo. Alianza Editorial, 2015. Ed. rev. de 1960

20 Ensignia, J.: *¿Europa dice sí al populismo ultranacionalista?*. En: Revista Panorámica [http://www.panoramical.eu] (Consulta: 29/08/2019)

21 Harari, op. cit.

Estamos hablando, por consiguiente, de nacionalismos dogmáticos, porque basan sus fundamentos en verdades incuestionables y que se extienden hoy día por doquier en todo el mundo. *España para los españoles, Primero los italianos, American first...* son expresiones que delatan su sentimiento de superioridad, impregnado, como hemos observado, de racismo, xenofobia, supremacismo, etc., o también de lo que Adela Cortina ha acuñado como *aporofobia*<sup>22</sup> en su definición de ‘miedo al pobre’. Pues este nacionalismo necesita impregnarse para su justificación de un discurso dominado por el rechazo al diferente, sea excluido social, y viva, o no, en la calle y/o de la caridad; sea por su etnia; por su condición sexual, en cuyo caso el rechazo al colectivo LGTBIQ está garantizado; a quien profesa una religión diferente a la que consideran oficial; a las mujeres víctimas de violencia machista –que en la extrema derecha española ocultan bajo el eufemismo de violencia *intrafamiliar* o violencia *doméstica*-; al inmigrante, siempre que sea pobre, y aún más si es de una raza diferente, por no hablar si es mujer, etc. Este discurso excluyente se amplía a quienes piensan de modo diferente, sean comunistas, socialistas, anarquistas, liberales... como denunciaba Bertolt Brecht en su famoso poema. Para infortunio de todos, nada de esto es nuevo en Europa ni en el resto del mundo. Se extiende por todas partes, como reguero de pólvora, lo que nada tiene de novedoso: el *miedo al otro*.

Como bien sabemos, cada nacionalismo tiene sus propias características y no todos los que pretenden independizarse del Estado al que jurídica y políticamente pertenecen, pueden justificar esa pretensión con criterios

---

<sup>22</sup>Cortina, A.: *Aporofobia, el rechazo al pobre*. Paidós, 2017



históricos plausibles. Ya indicamos cómo el historiador John H. Elliott lo expone de manera rigurosa y documentada en su estudio comparado entre Cataluña y Escocia para demostrar que ambos territorios carecen de fundamentos en su objetivo independentista. Bien es cierto que el Estado español nunca ha sido capaz de unificar las diferentes sensibilidades nacionales que lo conforman, en especial, la catalana y la vasca. Los Habsburgo no supieron desempeñar la función unificadora de los Borbones en Francia, ni tampoco lo han conseguido éstos durante sus más de tres siglos en España hasta el día de hoy.

Como señala Pierre Vilar<sup>23</sup> para el caso catalán o vasco, no se puede asegurar que existan unos *hechos diferenciales* en tanto que factores predominantes como la etnia, el derecho, la historia, la geografía o la propia lengua. Para el historiador galo, las causas principales de esos ensalzamientos que diferencian a ambos nacionalismos del resto de los territorios españoles han sido, por un lado, la impotencia del Estado español ante la conciencia por parte de esos territorios de unas supuestas diferencias que en la práctica no son tales, y por otro, la enorme distancia entre las estructuras sociales y económicas de Cataluña y País Vasco y el resto de España. Una y otro, igual que Escocia, llegaron a configurar unas potentes sociedades industriales, lo que sin duda, como apuntaba Vilar en el caso catalán, les indujo a conformar un fuerte sentimiento de superioridad respecto de España y de Inglaterra, respectivamente, así como un altísimo grado de confianza en su propio poder económico, aunque ello supusiera granjearse la antipatía y el rechazo de sus compatriotas.

---

23 Vilar, P.: Historia de España. Cátedra, 1978

Tras la II Guerra Mundial y en el transcurso de la Guerra Fría se creyó que, frente al nacionalismo, la mejor solución para los principales problemas era la internacionalización, más tarde llamada globalización. Así lo pensó la mayoría de los países europeos involucrados en la guerra tras la horrenda experiencia del nazismo, y lo cierto es que dio sus frutos, aunque sólo fuera en los estados que abrazaron las doctrinas liberales del capitalismo. De resultados de esas políticas, los países que conformaron la entonces Comunidad Económica Europea, como la República Federal de Alemania, Francia, Italia, Reino Unido, los países escandinavos miembros o los Países Bajos, además de Estados Unidos, Japón y otros países del mundo capitalista, vivieron unas décadas doradas de prosperidad económica y consolidación de sus sistemas democráticos, fueran socialdemócratas o conservadores.

Lo que hoy es la Unión Europea consolidó una suerte de unidad internacional basada en los derechos humanos, el desarrollo económico bajo la fórmula de los llamados Estados de derecho, y la democracia; con sus luces y sus sombras, desde luego. Entre éstas, una desigualdad económica y social nunca superada hasta la fecha, producto del modelo económico capitalista dominante en todos esos países, al que la socialdemocracia no ha sabido, no ha podido o no ha querido hacer frente; una explotación laboral que llevó a los trabajadores, gracias a libertades y derechos conseguidos en sus luchas históricas, a organizarse en sindicatos de clase y emprender reivindicaciones en muchos casos exitosas, bien contra el paro, bien por empleos de mejor calidad y salarios dignos, y otras; la ausencia de llamados derechos subjetivos para una parte no pequeña de ciudadanos de estos países, como la igualdad de la mujer o el derecho a vivienda o a pensiones dignas, y otros muchos. Entre las luces de

la sociedad emergida tras la derrota del nazismo, una clase media acomodada muy extendida, un régimen de libertades individuales y sociales del que carece la mayoría de países fuera del entorno capitalista occidental, un amplio desarrollo de la sanidad, las políticas sociales, la educación o las universidades y la investigación científica. Todo ello ha hecho de países como Estados Unidos, Alemania, Francia o Japón, estados que han destinado, y siguen haciéndolo, un importante porcentaje de su PIB en esos y otros ámbitos.

Hoy día, por diversas razones, vuelven los nacionalismos excluyentes y dogmáticos a esta Europa desarrollada, y el ejemplo más claro lo tenemos en el *Brexit*. Pero también en países como Hungría, Polonia o la Italia de Salvini, donde el llamado *euroescepticismo* se ha extendido como la pólvora, justamente por mor de la exaltación ultranacionalista en perjuicio de la idea global de una Europa unida.

Cabe preguntarnos entonces qué respuestas o soluciones pueden dar los nacionalismos excluyentes y supremacistas a preguntas esenciales del momento actual: ante el cambio climático, ante los fenómenos migratorios en crecimiento, ante el desempleo o el empleo precario, ante las desigualdades, ante la violencia contra las mujeres, ante la disrupción tecnológica con avances prácticamente incontrolados en energía nuclear, ingeniería genética, digitalización, robótica... No parece que la confección de innumerables banderas, himnos y odas patrióticas, el ensalzamiento del *espíritu del pueblo* o *Volkgeist* alemán, propio, como vimos, del nacionalismo romántico, el sentirse *superior* al resto de los mortales, el rechazo a todo quien y cuanto es diferente a su idea de nación suprema ... nada de esto va a dar respuesta a ninguno de los

grandes problemas, conflictos e incógnitas que toda la humanidad tenemos hoy ante nuestros ojos y que sin duda vamos a tener en el futuro.

### El discurso libre pensador

Frente a las narrativas dogmáticas que hemos visto, hay que mencionar el discurso del pensamiento libre. Mucho se ha escrito sobre ello y varias son sus interpretaciones. Con el apelativo *librepensador* o *freethinker* se conocía a un grupo de pensadores ingleses en el siglo XVII, para quienes la cuestión religiosa estaba en el centro de sus debates. Opuestos a los dogmas de fe de la religión anglicana, se mostraban partidarios de la tolerancia religiosa y de la religión natural y racional, desarrollando un racionalismo gnoseológico cuyo principio elemental era el conocimiento fundamentado en la razón. Sus referentes más destacados fueron John Toland, discípulo de Locke, cuya obra cumbre fue “Christianity not mysterious”, Anthony Collins (“Discourse of Freethinking occasioned by the rise and growth of Sect called Freethinkers”) o Thomas Woolston.

A lo largo del s. XVIII el llamado libre pensamiento se fue extendiendo a otros países y enriqueciéndose con diversas ideas o grupos de pensadores o activistas. Así, los conocidos en Francia como *libertinos*, contrarios a cualquier coacción religiosa o moral, o los *rationales*, seguidores de Montaigne, opuestos a cualquier autoritarismo, especialmente escolástico.

Con la Ilustración, el libre pensamiento se nutre de las ideas de sus grandes filósofos: en Francia, Diderot o D’Alembert, Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Condorcet o Condillac; en Inglaterra, además de sus precursores como el mismo John Locke, David Hume o Thomas Jefferson; en Alemania,

principalmente Immanuel Kant, *alma mater* de la Ilustración, a quien volveremos más adelante. Podemos afirmar sin mucho temor a equivocarnos, que con la Ilustración el libre pensamiento toma carta de naturaleza, consolidando muchos de los principios que había ido pergeñando desde sus inicios: el uso de la razón y de la lógica por oposición a las verdades absolutas, el estudio de la filosofía como metodología de pensamiento, la aceptación de verdades sólo demostrables empíricamente, o el cuestionamiento de los dogmas justamente por ser contrarios a la razón y a la lógica. “La condición mínima de la forma de pensamiento libre es que las creencias no se mantengan por la autoridad, la tradición o las pasiones... El sentido amplio del librepensamiento, la oposición a cualquier dogmatismo, se ha ido completando con distintos rasgos en los diferentes contextos históricos”<sup>24</sup>.

Después del derrocamiento del Antiguo Régimen con la Revolución francesa, las ideas que inspiraron la Ilustración se consolidan a lo largo del siglo XIX. Consolidación que se manifiesta, entre otros aspectos, en la evolución de doctrinas filosóficas determinantes para el ulterior desarrollo científico, del que se sirve de modo muy exitoso el libre pensamiento. Así, el marxismo, el materialismo o el positivismo lógico constituyen unos de los ejes de esa evolución, que dio pie a disciplinas como la ciencia social o al avance de las ciencias naturales, la química, la medicina y otras ciencias positivas.

¿En qué lugar va quedando la religión? Cabe preguntarse. Sin duda, su influencia sigue siendo muy relevante, tanto en el plano individual como social,

---

24 Villacís, Carlos: El concepto de librepensamiento. ¿Quiénes son los librepensadores? En: [<https://academiaplay.es/concepto-librepensamiento-quienes-son-librepensadores/>] (Consulta: 9/09/2019)

político y económico; no en vano, el catolicismo tenía su propio Estado en Roma, el islam estaba muy extendido en países árabes y otros países del continente africano, el budismo y el hinduismo en la India, y un largo etcétera.

Pero el desarrollo que va adquiriendo el conocimiento científico a lo largo del siglo XIX era imparable y de esta guisa también se nutre el libre pensamiento. Porque es condición indispensable y suficiente de la ciencia el desarrollo de verdades establecidas como tales si y sólo si pueden ser validadas empíricamente con cualquiera de los instrumentos de los que aquélla se sirve – ensayos de laboratorio, observaciones astronómicas o microscópicas, fórmulas matemáticas, estadísticas, descubrimientos arqueológicos, inscripciones epigráficas, textos manuscritos o impresos, documentos de archivo ...

La ciencia se nutre de evidencias que pueden llegar a constituir verdades, las cuales podrán ser sustituidas por otras que refuten los resultados anteriores en un nuevo paradigma, según teorizó Kuhn<sup>25</sup>. Podemos decir que una verdad puede constituir un dogma científico en tanto tal verdad ha sido contrastada empíricamente mientras no surja un nuevo paradigma que la refute. En este sentido, el dogma científico presenta una importante diferencia con otros dogmas, sean de orden religioso o de cualquier otra naturaleza que no puedan ser demostrados empíricamente. Por consiguiente, en el ámbito de la ciencia, el significado de dogma se atiene a la 1ª y 3ª acepción del DRAE: “proposición tomada por cierta y como principio innegable” y “conjunto de principios o fundamentos de una doctrina, un sistema o una ciencia”, respectivamente”.

---

<sup>25</sup> Kuhn, T.: Estructura de las revoluciones científicas. Fondo de Cultura Económica, 2006

Podemos afirmar que la ciencia constituye el compromiso secular más importante que se halla bajo el imperio de la ética. Copérnico, Galileo, Kepler, Newton, Linneo y otros son ejemplo de científicos a seguir por los librepensadores cuyas dudas han originado buena parte de los grandes avances de la humanidad. La ciencia constituye a día de hoy y desde el siglo XIX, si no la razón de existir del pensamiento libre, sí su fundamento esencial.

### Otras características del librepensamiento

Hay dos elementos esenciales que a lo largo de su historia han ido conformando la naturaleza del pensamiento libre: la ética y la laicidad o laicismo. De ambos se derivan características esenciales que pasaremos a examinar. Conviene acotar ambos términos.

El libre pensamiento considera la ética como “aquellas acciones moralmente correctas”<sup>26</sup>. En este sentido, ética y moral serían sinónimos para el librepensador. Qué fines deberíamos perseguir y cuáles son los principios morales que deben regir nuestras elecciones y metas son las preguntas clave que todos deberíamos plantearnos. En la tradición filosófica desde sus orígenes, la ética está directamente vinculada con la *eudaimonia* (εὐδαιμονία) o felicidad, que persigue el bienestar humano fundamentado en dos principios esenciales: el *hedonismo* (ἡδονή) o búsqueda del placer, vinculado éste con el bien, y la *ataraxia* (ἀταραξία) o ausencia de preocupaciones y fortaleza mental y corporal; el obrar bien o el destacar en acciones notables, desarrollado tanto por estoicos,

---

26 Diccionario Akal de Filosofía, pp. 326 y ss., s.v. Ética

escépticos y epicúreo, como por la ética platónica y aristotélica, y en la época moderna, por J.S. Mill y Nietzsche.

Por su parte, para la ética kantiana, cualquier principio moral debe ser susceptible de considerarse como máxima universal, criterio formal que constituye una señal de la razón pura. Por consiguiente, los principios morales son, para la ética kantiana, leyes que emanan de la razón. “Se trata de leyes que nos damos a nosotros mismos en tanto que seres morales y racionales y regulan nuestra conducta en la medida que nos comprometemos con la naturaleza racional de los demás”. Son, en definitiva, “leyes para una república de la razón”, es decir, en palabras del propio Kant, “los principios morales derivan su autoridad de la soberanía de la razón”<sup>27</sup>. Como seres conscientes, pertenecemos a un mundo inteligible, dominado no por leyes naturales sino por las leyes de la razón. Para estudiar tales leyes, el filósofo alemán desarrolla la fórmula del imperativo categórico, consistente en actuar según leyes universales, las cuales en ningún caso pueden ser impuestas por fines materiales. El imperativo categórico nos obliga, no sólo a determinar libremente nuestra acción en el desarrollo de nuestra facultad de elección, sino también a aceptar un principio determinado por nuestra razón pura práctica. Así, el imperativo categórico nos conmina a seguir nuestra propia ley y a disponer de autonomía. De lo contrario, caeríamos en la heteronomía o falsa elección de principios ajenos a nuestra naturaleza como seres racionales. El imperativo categórico es un fin en sí mismo, en el que la libertad es en nosotros un poder suprasensible que nos faculta para legislar en un reino de fines para hacer posible la conversión del mundo “en una unión

---

27 Ibid., pp.568 y ss., s.v. Kant, Immanuel (1724-1804)



sistemática de los diferentes seres racionales a través de leyes comunes, esto es, leyes que respetan y dan satisfacción a la libertad de todos los seres racionales”<sup>28</sup>.

Para John Rawls, cuyos estudios sobre la ética emanan de la ética kantiana y del *contractualismo* (en su acepción de contrato social) de Rousseau, Hobbes y Locke, los principios morales deben regir la cooperación social entre personas que viven en comunidad en un plano de igualdad. Los principios que distinguen lo bueno de lo malo constituyen la mejor forma de promover los fines de la moral, siendo nuestro deber difundir tales fines. La justificación de esos principios viene dada por que sus fines son los correctos y sus acciones el modo más adecuado de hacerlos posible.

Hobbes, Spinoza, Bentham o el propio J.S. Mills son grandes defensores del *utilitarismo* o *universalismo*, por oposición al *egoísmo ético*, cuyo fin es el amor racional a uno mismo y la búsqueda de la felicidad individual. Por el contrario, el universalismo busca la felicidad de la humanidad mediante la práctica de la bondad racional. Esta doctrina teleológica perdura hasta hoy día y se vincula al debate de lo que es la acción moralmente correcta subordinada a la acción del bien. Debate que enlaza también con la deontología, constituyendo una de las disputas más fecundas del estudio general de la acción y del bien en el ámbito de la ética como disciplina filosófica.

El otro elemento esencial del libre pensamiento es el laicismo. Tiene sus orígenes en el siglo XIV, fundamentalmente en Inglaterra, con el surgimiento de corrientes opuestas a la jerarquía pontificia y a la teocracia, cuyas acciones

28 Ibid., pp. 568 y ss.

dieron lugar a cruentas batallas con los poderes religiosos. Felipe el Hermoso tuvo un papel determinante en la difusión del laicismo con su política de ensalzar la condición de *hombre público* del rey, otorgándole mayor independencia. Con el Renacimiento y la Reforma se acrecentó la laicización del pensamiento al reivindicar el derecho de la monarquía en la figura de Enrique VIII a gobernar la Iglesia de Inglaterra. El triunfo del espíritu laico se produce con la constitución civil del clero y la laicización de sus funciones en el marco de la Revolución francesa, de suerte que el laicismo se convierte en seña de identidad de la III República. El final de la injerencia de los poderes seculares en el gobierno se ha ido extendiendo a lo largo del siglo XIX en Francia, Países Bajos, Alemania o Italia. En el momento presente, y tras la II Guerra Mundial, la práctica totalidad de los gobiernos de países occidentales se han declarado aconfesionales; allí donde la religión católica es mayoritaria se ha legislado en favor de la separación Iglesia-Estado y en los países cuya gran parte de su población profesa el protestantismo en cualquiera de sus corrientes, la autoridad religiosa no puede inmiscuirse en la política ni en las razones de Estado. Otra cuestión a analizar es el poder que la jerarquía religiosa mantiene *de facto*, e incluso *de iure*, en cada país. Así, los Acuerdos del Estado Español con la Santa Sede de 1979 conceden relevantes poderes a la jerarquía católica, incompatibles con un Estado constitucionalmente aconfesional, y obliga al Estado a financiar a la Iglesia católica con una parte de los impuestos que pagamos todos los españoles de cualquier confesión, o de ninguna, sin contrapartida alguna: aquélla no está obligada a rendir cuentas al Estado de lo recaudado en sus actividades ni a pagar impuestos a que todos estamos obligados, como el IBI de sus edificios.

Laicismo y laicidad son sustantivos de significados muy similares. El Diccionario de la RAE los considera sinónimos en dos de sus respectivas acepciones: “Condición de laico”, acotando para ‘laicismo’ la independencia del laico de cualquier confesión religiosa. Laicidad y laicismo derivan de adjetivo ‘laico’ -término griego *λαϊκός*, forma, a su vez, derivada de *λαός*=pueblo; en esta lengua, *λαϊκός* opuesto a *κληρικός*=clérigo-. El diccionario define ‘laicidad’ en su segunda acepción como “Principio que establece la separación entre la sociedad civil y la sociedad religiosa”. El Diccionario del español jurídico de la RAE detalla más esta acepción: “Principio informador de las relaciones del Estado con las confesiones religiosas que garantiza un ámbito de separación y mutuo respeto entre los planos y esferas de actuación propios de los poderes públicos y los propios de las iglesias y confesiones”. Este mismo diccionario define ‘laicismo’ como “Doctrina o corriente ideológica que promueve una completa independencia del Estado respecto de cualquier instancia religiosa”, excluyendo del ámbito público el componente religioso, el cual queda relegado a la conciencia individual de cada persona en su esfera privada. Por tratarse de un diccionario jurídico, expone algunas características de naturaleza jurídica del sistema laicista, como la irrelevancia de los valores y normas religiosas para la comunidad política, no reconociendo eficacia civil a los actos jurídicos originados en actos religiosos, poniendo como ejemplo el matrimonio religioso; asimismo, especifica que no se autorizan determinadas manifestaciones propias del derecho de libertad religiosa como la enseñanza de esta naturaleza o su asistencia, así como la prohibición de símbolos religiosos en el espacio público; incluso, la exclusión de cualquier propuesta ética en el debate público que emane de una doctrina religiosa.

Algunos grupos que reivindican el laicismo lo diferencian de laicidad, definiendo ésta como “un régimen social de convivencia cuyas instituciones políticas están legitimadas por la soberanía popular y no por elementos religiosos”; laicismo sería “el movimiento histórico de reivindicación de esta emancipación laica” que hace suyo el ideal universal de organización de la *polis*, cuyo origen emana de la Antigua Grecia.

La laicidad se rige por principios que constituyen piezas esenciales del Estado de Derecho: la libertad de conciencia, la universalidad de la acción pública, el pluralismo ideológico, la separación del Estado de las iglesias y confesiones religiosas, la igualdad de trato de todos los ciudadanos, los derechos humanos, o la búsqueda del bien común o *koinonia*. La mayoría de asociaciones que defienden el laicismo coinciden en señalar que los sistemas políticos que pueden garantizar los principios del laicismo y del Estado de Derecho son las repúblicas de naturaleza democrática, no las monarquías o los regímenes autoritarios.

Como no puede ser de otro modo, el librepensamiento hace suyos los principios del laicismo en cualquiera de sus acepciones como señas de identidad irrenunciables. Para esta corriente de pensamiento, “el peligro –como enseña Orwell- no está en las etiquetas cristiandad, socialismo, islam, democracia..., sino en los actos perpetrados en su nombre”, afirma la periodista Marta Peirano<sup>29</sup>.

El pensamiento libre tiene otros elementos importantes derivados de la ética y del laicismo, que conviene destacar. Uno es la compasión, basada ésta

---

29 Peirano, M.: El enemigo conoce el sistema. Debate, 2019

no en la imposición de un dios o de la obediencia ciega a unas leyes religiosas o ideológicas, sino en la empatía con el otro y en la comprensión del sufrimiento ajeno, vale decir, en la alteridad. Una persona que practica la libertad de pensar con un hondo sentido ético no roba por principio, ni asesina, ni viola, etc., porque el dolor que cause a sus víctimas es dolor que se aflige a sí mismo. A diferencia del que causa daño por obediencia a un líder, a un dios o a una ley o verdad incuestionable, o por beneficiarse a sí mismo sin importarle el dolor ajeno, la persona ética es capaz de comprender el sufrimiento causado a un tercero porque lo siente como propio. El primero causa daño por obediencia o por egoísmo; el segundo no lo causa por compasión, por empatía o por alteridad.

El concepto de alteridad fue ampliamente desarrollado por el filósofo ruso Emmanuel Levinas. En uno de sus trabajos fundamentales, sostiene que la alteridad “es subjetividad: forma una sociedad en la responsabilidad del Yo para con el Otro; es justicia y verdad, libertad, etc [...] El uno está implicado en el uno-para-el-otro de un modo totalmente distinto al compromiso [...] Se trata de una significación que, más acá de todo mundo, significa la proximidad del Mismo y del Otro y donde la implicación del uno en el otro significa la asignación del uno por el otro”<sup>30</sup>.

Del concepto de alteridad se deriva el de humanidad, y de éste, fraternidad. “El Yo es responsable del Otro, porque el otro se da, y se deja ser reconocido en el huérfano y en la viuda, en el menesteroso, en el extranjero. El Yo es impelido, imperativamente, a la responsabilidad por el Otro en el Mismo”. El Yo y el Otro constituyen lo que Levinas llama alteridad trascendente, y forman

---

30 Lévinas, E.: *De otro modo que ser o más allá de la esencia*. Sígueme, 2003, pp. 212

lo que entendemos por humanidad. “El Otro es el hermano que sufre, que se me impone hasta despertar en mí compasión y amor”<sup>31</sup>.

El silencio frente al “no matarás”, “que es la primera palabra del rostro”<sup>32</sup>, genera un paradigma de justicia extrema, puesto que se produce una violación intrínseca del compromiso del Yo, cuyo resultado podría devenir en violencia o incluso muerte. Como explicita Quesada Talavera, “el silencio, la injusticia, es la vuelta a la mirada del rostro que se me aparece, de la misma manera que el compromiso es la fuerza, la virtud, por la que mi *inter-es* sólo se cifra en responder a la palabra que el Otro me dirige”<sup>33</sup>.

En ese sentido, las tesis de Levinas sobre la alteridad podrían analizarse desde el punto de vista de la literatura hebraica y bíblica en el marco de la religión judeo-cristiana. En cuyo caso, a la aporía del Otro habría que añadir la de Infinito, es decir, Dios, por cuanto el Otro podría identificarse con la deidad de ambas religiones. Esta cuestión es muy discutida por los estudiosos de Levinas.

Asimismo, el librepensador hace suyo el principio de responsabilidad porque asume que las personas son las únicas responsables de sus actos, sean éstos positivos o negativos, provoquen el bien o el mal. No existe ningún dios, poder, líder, gurú, mago, cofradía, secta, iglesia, partido político... ante quien haya que rendir cuentas de nuestros actos o a quien demandárselas. Los crímenes, las guerras, el hambre, las migraciones forzosas, las consecuencias devastadoras del cambio climático, las matanzas, la tortura...; así como los

31 Pintor Ramos, A.: Introducción a E. Lévinas: Ética e infinito. Antonio Machado Libros, 2000

32 Ibid.

33 Quesada Talavera, B.A.: *Aproximación al concepto de “alteridad” en Lévinas. Propedéutica de una nueva ética como filosofía primera*. En: Investigaciones Fenomenológicas, vol. mon. 3, 2011: Fenomenología y política, pp. 393-405

descubrimientos científicos, los tratados de paz, los juicios justos, la superación de las desigualdades o de la pobreza, la educación o la sanidad de calidad, la profundización de los sistemas democráticos, y un largo etcétera, no son atribuibles a ningún ser superior, a ningún milagro o a los designios del destino. Somos los humanos los únicos responsables de lo negativo y de lo positivo y somos única y exclusivamente nosotros quienes tenemos la responsabilidad de afrontar y buscar soluciones a lo primero y de celebrar y mejorar lo segundo.

A diferencia del discurso nacionalista, religioso o de cualquier otra organización de carácter dogmático, el librepensador no obedece a ninguna creencia que no sea, como vimos antes, la evidencia empírica o la comprensión del sufrimiento ajeno. Puede amar mucho a su patria, pero no por ello tiene que considerarla exclusiva o superior a otras patrias. Como ciudadano del mundo, reconoce su deber hacia la humanidad porque no le es ajena. En este sentido, el laicismo – en su acepción de ***independencia de cualquier organización religiosa*** - adquiere también un compromiso con la igualdad, al considerar que las desigualdades económicas y sociales son inconcebibles. Como no puede ser de otra manera, puede discrepar con otras personas laicas en la manera de superar tales desigualdades, en los métodos, en las políticas a seguir, e incluso qué umbrales de desigualdad son admisibles, o por el contrario, no admitir ninguno hasta lograr la igualdad absoluta. En este sentido, el laicismo considera otro elemento ético la justicia, vinculada con la igualdad y con la compasión.

Frente a la educación basada en certezas y en certidumbres irrefutables, la educación laica nos presenta diferentes opciones para contrastar y comparar, nos enseña a no temer nuestra ignorancia y superarla mediante el acceso libre al conocimiento, a dudar de lo que aprendemos para comprobar su solidez o su

inconsistencia con nuevas o diferentes fuentes de información. La ignorancia no hay que temerla sino superarla en la medida de lo posible, y lo posible, en este caso, está al alcance de cualquiera que lo desee porque las herramientas que proporcionan las tecnologías de la información debidamente utilizadas nos lo facilitan con creces, así como instituciones como bibliotecas, archivos o centros de documentación. No nos cabe la menor duda de que las sociedades que carecen de reparos a la hora de admitir la ignorancia y de buscar cómo desterrarla, son sociedades mucho más libres, más pacíficas y más ilustradas, en las cuales la vida en común es una señal de identidad donde se considera la democracia –aunque se la cuestione en el ejercicio de la libertad de pensamiento o de expresión- como el mejor de los sistemas posibles de gestión de la *polis*.

A diferencia de aquéllos que temen perder su verdad, cuyo temor les lleva a defenderla con uñas y dientes sin escatimar incluso ninguna forma de violencia, quienes practican el pensamiento libre bajo formas laicas no tienen ninguna verdad que perder porque han aprendido a observar y a estudiar la realidad desde varios o desde muchos puntos de vista, incluso, muy diferentes y hasta contrapuestos en no pocas ocasiones. Frente a la educación religiosa o ideológica, la educación laica enseña a contrastar la verdad empírica o científica frente a las creencias, mostrando por qué aquélla ha adquirido su condición de verdad mediante la demostración científica hasta que se descubra otra verdad que la refute y la supere, y por qué las creencias adolecen de la condición de verdades carentes de evidencia científica. Harari advierte que “si uno cree en



una verdad absoluta revelada por un poder trascendente, no puede permitirse admitir ningún error, porque eso anularía todo su relato”<sup>34</sup>.

Siempre será mejor confiar en aquellas personas que se muestran inseguras de su conocimiento, admitiendo incluso cierta o mucha ignorancia, que en quienes se sientan convencidos de tener toda la razón y que ésta es incuestionable por ser la única verdadera. Si existe un denominador común a todas las ideologías dogmáticas es que muestran una excesiva confianza en sí mismas y por eso se sienten con la autoridad de prometer lo imposible.

Al libre pensador se opone el creyente en verdades incuestionables, algunas tomadas como dogmas. En su favor, cabría decir que cualquier individuo de cualquier ideología o creencia, sea o no laico, teme, tememos, lo desconocido. Por este motivo, nos aferramos a cualquier ente físico o abstracto, sea un dios, un partido político, una iglesia, un líder, etc., para asegurarnos respuestas absolutas a nuestras incertidumbres, miedos o dudas, de tal modo que podamos contar con un punto de apoyo consistente que nos impida caer en el abismo. A diferencia de otros colectivos, quien practica el librepensamiento puede aprender a utilizarlo para superar los miedos a las incertidumbres o a lo desconocido mediante la investigación sin prejuicios en diversas fuentes de conocimiento. Como señala Harari, “Las cuestiones a las que no podemos responder suelen ser mucho mejores para nosotros que las respuestas que no podemos cuestionar”<sup>35</sup>.

---

34 Harari, op. cit., p. 237

35 Ib., p. 232

### **Sociedades libres *versus* sociedades autoritarias**

Las sociedades democráticas y libres protegen, por lo general, el librepensamiento. Por ello, una importante diferencia entre éstas y las dominadas, bien por religiones de Estado –Israel, algunos países de religión musulmana u otras religiones-, por dictaduras –China, Corea del Norte, Arabia Saudí-, por gobiernos nacionalistas –Israel, fundamentalmente- y/o por gobiernos autoritarios aunque resultado de elecciones –Rusia, Brasil, Nicaragua, Hungría, Turquía, Venezuela, etc., países todos ellos gobernados por lo que podemos calificar como *dictaduras de las mayorías*-. Sociedades autoritarias con gobiernos elegidos democráticamente, salvo las dictaduras, que reprimen cualquier protesta contra las autoridades gobernantes. La diferencia fundamental entre unas y otras es que las sociedades libres admiten en su seno toda forma de pensamiento y de creencias, incluso las contrarias al sistema democrático y a las libertades, bajo la única condición de respetar las leyes por las que se rigen –por lo común, una Constitución-, el Estado de Derecho y en general, las normas dadas para regular la convivencia, así como la exigencia del respeto mutuo. En cambio, las sociedades autoritarias, sean o no democráticas, sean o no laicas, prohíben y persiguen, en mayor o menor grado, las ideas, personas o grupos que cuestionen los preceptos que las rigen. Como señala Harari, todos los líderes autoritarios y dogmáticos “hablan con demasiada libertad de *eternidad, pureza y redención*, como si al promulgar una determinada ley, construir un templo concreto o conquistar algún pedazo de territorio pudieran salvar a todo el mundo en un gesto grandioso”<sup>36</sup>.

---

36 Ib., p. 238

Entre los años 30 y 45 del pasado siglo hemos visto cómo dos sociedades laicas no vacilaron en eliminar a millones de seres humanos que no comulgaban con sus postulados: la Unión Soviética estalinista y la Alemania del Tercer Reich –las dos *tritadoras de carne*, como las definió el premio Nobel húngaro, Imre Kertész<sup>37</sup>-; en el caso del nazismo, se añade la deriva de la raza, que causó, como bien sabemos, el genocidio de más de once millones de personas de raza considerada *inferior* a la aria, de las cuales, según los cálculos más rigurosos, seis millones fueron judíos, y el resto, personas de otras etnias, como la gitana, además de homosexuales, comunistas, polacos y, en general, opositores al nacionalsocialismo. A diferencia del nazismo, que no sólo no ocultó sus abominables crímenes sino que hizo gala de ellos como exaltación del nacionalsocialismo y de la raza aria como *superior*, el estalinismo tuvo la gran habilidad de ocultarlos y de enmascararlos con un relato de una sociedad de hombres libres, emancipada del yugo capitalista, fruto de la revolución socialista inspirada en Marx y ejecutada por Lenin y, obviamente, por el *Oseta de bigotes de cucaracha*, como nombró al dictador el poeta ruso Ósip Mandelstam en su célebre poema “Epigrama contra Stalin”, que le costó la vida<sup>38</sup>. Discurso que a partir de los años 30 causó furor en todos los partidos comunistas de los cinco continentes y en no pocas organizaciones e individuos de la izquierda –aún hoy, existen grupos que se reclaman de esa tradición-, como ejemplo a seguir en la consecución de una sociedad utópica sin opresores ni oprimidos. Mientras, grandes poetas, filósofos, artistas, disidentes políticos acusados de trotskistas,

37 Imre Kertész: Sin destino. Acantilado, 2011

38 Recomendamos la lectura de la novela cuya autora es la viuda de Ósip Mandelstam, Nadiezhda Mandelstam: *Contra toda esperanza. Memorias*. Acantilado, 2017

de anarquistas y/o de burgueses, así como campesinos, obreros y centenares de miles de gentes anónimas, fueron encarcelados o deportados a los gulags, y muchos ejecutados. Ucranianos y otros pueblos soviéticos eran condenados a terribles hambrunas que causaron la desesperación, la muerte o el exilio.

En referencia al Partido, Orwell lo advirtió en su distopía *1984*: “La guerra es la paz. La libertad es esclavitud. La ignorancia es la fuerza [...] Quien controla el pasado, controla el futuro. Quien controla el presente, controla el pasado”<sup>39</sup>.

En una conversación con Philip Roth, Milan Kundera comenta que “el totalitarismo no es sólo el infierno, sino también el sueño del paraíso: el antiquísimo sueño de un mundo en el que todos vivimos en armonía, unidos en una sola voluntad y una sola fe comunes, sin guardarnos ningún secreto unos a otros”<sup>40</sup>.

Como bien sabemos, partidos de extrema derecha y de tinte neonazi o fascista están tomando fuerza y penetrando, por la vía democrática, en instituciones nacionales e internacionales, como el Parlamento Europeo. Partidos todos ellos ultranacionalistas, xenófobos, racistas, homófobos, para quienes su país o su patria no sólo es diferente, sino *superior* al resto, que denostan cualquier conato de internacionalización y, obviamente, la idea de una Europa unida. Así, en Hungría, de la mano de su presidente Viktor Orban; o en Italia, cuando el ministro Salvini dominaba *de facto* al Gobierno, o el presidente Trump en EEUU. En España, la ultraderecha representada por el partido Vox ya ha entrado en gobiernos de comunidades autónomas, ayuntamientos y también

39 Orwell, G.: 1984. Debolsillo, 2018

40 Roth, P.: ¿Por qué escribir? Ensayos, entrevistas y discursos (1960-2013). Random House, 2018

en el Congreso de los Diputados; ultraderecha que no había desaparecido tras la dictadura, ni mucho menos, pero se hallaba agazapada en el seno del principal partido de la derecha, varios de cuyos líderes eran miembros de esa formación o militantes de organizaciones de corte franquista, e incluso, neonazi. No hace falta recordar que Hitler alcanzó el poder con los votos de millones de personas, y Mussolini supo ganarse a buena parte de la clase obrera descontenta por el mal lugar que el Tratado de Versalles dejó a Italia. La desmemoria, o directamente, la falta de cultura democrática y un desconocimiento preocupante por parte de muchos jóvenes y no tan jóvenes acerca de nuestra historia reciente, tanto nacional como mundial, son caldo de cultivo para el renacer de la ultraderecha en nuestro país. Ello unido a que el fascismo y el nacionalismo excluyente se nutre, como vimos, de respuestas y supuestas soluciones fáciles a muchos de los problemas actuales. Ante el problema del paro, y especialmente, del paro juvenil, la *única* solución para la extrema derecha es la expulsión de inmigrantes que vienen a *robarnos* puestos de trabajo. Ante cualquier acto violento, sean violaciones a mujeres, asesinatos, robos con violencia, etc., la ultraderecha siempre lo achaca a los extranjeros, es decir, a los extranjeros pobres y de piel más oscura que clara, aunque la evidencia demuestre lo contrario. Ante las amenazas a la *unidad* de la patria, el empleo de la fuerza es para esos grupos la única solución, aunque en nuestro país la disfracen de legalidad mediante la aplicación del artículo 155 de la Constitución –discurso, en este caso, común a la derecha constitucionalista-.

En los últimos tiempos se ha extendido la llamada *hipótesis Duguin*, así denominada por ser su autor Aleksandr Duguin, teórico ruso de las relaciones internacionales, y al parecer, el filósofo preferido de Putin. A la dicotomía

izquierda/derecha, Duguin opone al liberalismo, identidad, soberanía y prosperidad económica para los países, señala Esteban Hernández<sup>41</sup>. Pero, a diferencia de la solución británica del Brexit, Duguin defiende una Europa unida con un ejército fuerte capaz de defender su soberanía; pero no la Europa tal como está concebida bajo la UE, sino un modelo europeo próximo a Rusia. De ahí que sus ejemplos a seguir sean Hungría o Polonia y especialmente la Italia de Salvini, además de la propia Rusia, así como todos los demás países que han optado por soluciones nacionales y nacionalistas frente a liberalismo (el Brasil de Bolsonaro, la Turquía de Erdogan, Netanyahu en Israel, Modi en la India, Johnson en Reino Unido...) Otro de los ideólogos de estas tesis es Florian Philippot, antiguo miembro del Frente Nacional de Marine Le Pen. Italia sería el laboratorio de la hipótesis Duguin por la unión del populismo de derecha de la Lega representado por el ministro Salvini y el partido antisistema Cinque Stelle de di Maio cuando ambos formaban coalición de gobierno. Tras la estrategia del político italiano están los otros partidos de extrema derecha como Fratelli d'Italia o Forza Italia de Berlusconi; estrategia auspiciada por el ultraderechista estadounidense Steve Bannon y, obviamente, el mismo Donald Trump. *El mundo nos roba, o Bruselas nos roba*, son algunas de las consignas bajo las cuales se movilizan estas fuerzas xenófobas, ultranacionalistas y reaccionarias contra las democracias occidentales representadas en la Unión Europea. “En Europa estamos asistiendo al triunfo de una suerte de Tea Party”, afirma el autor del citado artículo, que finaliza recordando lo ocurrido en la Europa de los años 30

41 Hernández, E.: El final de la hipótesis Dugin y las lecciones que nos está enseñando Italia. En: [[https://blogs.elconfidencial.com/espana/postpolitica/2019-08-11/salvini-duguin-trump-globalizacion-ue-alemania\\_2172487/](https://blogs.elconfidencial.com/espana/postpolitica/2019-08-11/salvini-duguin-trump-globalizacion-ue-alemania_2172487/)] (Consultado: 12/08/2019)

del siglo pasado: “nuestras instituciones cada vez se parecen más a las del Imperio austrohúngaro en la época de su final, con ese desprecio por la realidad, su formalismo y su incapacidad para pensar de otra manera”.

### **Las derivas autoritarias de las sociedades democráticas no autoritarias**

En su libro “El eclipse de la fraternidad”<sup>42</sup>, el catedrático de filosofía de las ciencias sociales y morales en la Universidad de Barcelona, Antoni Domènech, advierte justamente de la pérdida de los tres principios esenciales de la Revolución francesa, pérdida de la que, como también recuerda César Rendueles en el prólogo de este mismo libro, tampoco es ajena la izquierda, asumiendo ésta “la meritocracia como un objetivo progresista”, y en consecuencia, la extensión a todas las capas de la sociedad de la llamada *igualdad de oportunidades*<sup>43</sup>. Cabría preguntarnos por el sentido de esta locución: ¿Igualdad para quién? ¿Para todos? ¿Bajo qué premisas? ¿En qué condiciones? ¿Se produce de manera efectiva en todos los ámbitos? ¿Qué entendemos por *oportunidades*? ¿Qué queda de la igualdad como objetivo colectivo que preconizaba la Revolución de 1790? Es más: ¿entendemos hoy la igualdad como objetivo moral o más bien como punto de partida?

Del mismo modo, la fraternidad entendida por los revolucionarios como vínculo social solidario sobre la base de un sistema de compromisos entre colectivos, hoy ha desaparecido en buena parte de nuestras sociedades democráticas desarrolladas, y la izquierda ha desalojado el término de su léxico,

42 Domènech, A.: *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*. Akal, 2019

43 Rendueles, C.: *Ibid*, pról., p. 6

quedando para los clubes deportivos o para las sociedades benéficas. No obstante, algunos sociólogos como Zygmunt Bauman<sup>44</sup> se han ocupado en los últimos años de estudiar el fenómeno de la decadencia o desaparición de muchas de las relaciones sociales.

Por lo que respecta a la libertad, el neoliberalismo llegó a transformarla en *libertad de mercado*, de suerte que las cotas de libertad se miden por la capacidad de cada cual en acceder al mercado, sea en el plano macroeconómico de los países o en el aspecto personal respecto de la *libertad* individual de comprar cualquier producto. Libertad de mercado que en nuestra sociedad altamente digitalizada se ha transformado en lo que Rendueles denomina *capitalismo de plataforma*, de suerte que cualquiera es *libre* de crear empresas on line cuyas transacciones se hacen a través del comercio electrónico.

Pero las sociedades de regímenes democráticos no autoritarios tampoco se libran de las derivas autoritarias. Nos referimos a la mayoría de los países miembros de la Unión Europea, a los Estados Unidos o Japón, Corea del Sur, etc., o a países latinoamericanos como Chile, Argentina, Perú, Ecuador, Colombia y otros. Derivas autoritarias cuya causa principal, en la que coinciden muchos analistas, es el capitalismo y su variante posmoderna, el neoliberalismo, es decir, el modelo productivo impuesto por los grandes oligopolios internacionales y sus instituciones financieras (FMI, Banco Mundial, G20, OCDE). Estas sociedades se rigen también por un dogma, el del dinero y el del mercado como dios todopoderoso, la adoración al Becerro de oro que, entre otros muchos, reprodujo magistralmente Tintoretto en el lienzo que

---

44 Bauman, Z.: Modernidad líquida. FCE, 2016



contemplamos en la iglesia venecina de la Madonna del'Orto. Países democráticos no autoritarios como Chile o Ecuador han sufrido recientemente el terrorismo de sus respectivos Estados provocando decenas de muertos cuando sus ciudadanos se han rebelado contra las abrumadoras desigualdades.

Para el mercado, todo son libertades: libertad de circulación de mercancías; libertad de compra-venta; libre circulación del euro en la UE, etc. Para las personas, en cambio, las libertades están mucho más restringidas: no pueden circular libremente de un país a otro (salvo los ciudadanos de la UE en los países miembros), y muy especialmente si son inmigrantes pobres a la búsqueda de una vida mejor en los países desarrollados; tienen grandes dificultades para trabajar en países diferentes del suyo; grandes dificultades también o imposibilidad en muchos casos para ser atendidos en un sistema sanitario diferente del país de origen, etc. (incluso, en España, no siempre es fácil ser atendido en un sistema sanitario que no sea el de la Comunidad Autónoma a la que se pertenece).

Como en las sociedades autoritarias, las que no lo son –al menos sobre el papel de una Constitución democráticamente refrendada- ocultan también una parte de su discurso neoliberal: así, en la publicidad de las marcas comerciales de muchos alimentos envasados no se dice toda la verdad acerca de sus supuestos *beneficios*, por ejemplo, los azúcares, aditivos, conservantes, saborizantes, colorantes o grasas que contienen, ocultando los verdaderos perjuicios para la salud, y ensalzando, por el contrario, las grandes ventajas de su consumo, aunque muchas de ellas no sean tales, como hacernos *más sanos*, *más jóvenes*, *más delgados*, en definitiva, *más felices*. Las verdades del capitalismo, como las de cualquier credo, también son infalibles, y en países

capitalistas autoritarios, son, además, incuestionables e irrefutables, salvo multa o cárcel.

A su vez, el uso que con frecuencia se hace de la ciencia, cuyos principios, por definición, huyen del dogma, como ya vimos, tampoco se libra de caer en actitudes dogmáticas, fruto, justamente, de su desarrollo. Como tampoco se libra de caer en contradicciones éticas. Así, los grandes avances que se están sucediendo a diario y prácticamente a velocidad de la luz, manifestados en la info y la biotecnología, la ingeniería genética, la robótica, la digitalización, los *big data* y otros fenómenos, cuyos resultados en nuestra vida y en la del planeta a día de hoy son una incógnita. Verdades o evidencias que plantean asimismo dilemas éticos: ¿Vamos a ser dominados por robots? ¿En qué medida sustituirán a las personas en según qué puestos de trabajo? ¿Se logrará, mediante la manipulación genética, fabricar replicantes como en *Blade Runner*? ¿Cómo podemos protegernos del control impuesto por la infotecnología? ¿Cómo podemos usarla en nuestro beneficio? ¿Será capaz la ingeniería genética de crear humanos *a la carta*? ¿Estamos a las puertas de un Ciberleviatán dominado por la Inteligencia Artificial?<sup>45</sup>. Preguntas todas de respuestas desconocidas que podrían hacer saltar por los aires muchos de nuestros principios éticos. “Nos pensamos y nos vivimos desde un revestimiento cibernético que está sustituyendo la decisión humana consciente por un automatismo basado en la Inteligencia Artificial. Ésta y la robótica empiezan a ser las antecámaras de una sacralidad posmoderna que matematiza la magia y hace de la técnica un demiurgo que ata nuestra vida a un roncal algorítmico del que ya prácticamente

---

45 Lassalle, J.M.: Ciberleviatán. El colapso de la democracia liberal frente a la revolución digital. Barcelona, Arpa, 2019, p. 51

dependemos y que condiciona nuestra interpretación y comprensión del mundo, así como nuestra libertad”<sup>46</sup>, advierte José M<sup>a</sup> Lassalle..

Para la periodista Marta Peirano, estamos entrando en una suerte de distopía, pero de nosotros depende que se haga realidad o, dicho de otra manera, somos nosotros quienes tenemos que decidir aceptarla o no. “Nadie nos obliga a tener la telepantalla encendida” a todas horas, llevarla a todas partes como un apéndice más de nuestro cuerpo, ese “yo de bolsillo” que definía Vicent Verdú. Más que *1984*, nuestra distopía es *Un mundo feliz*<sup>47</sup>, sostiene Peirano. Mientras la de Orwell es la sociedad del terror del Estado, sus privaciones y cartillas de racionamiento, la nuestra es el producto de un pequeño grupo de empresas cuyo objetivo altamente logrado es hacernos comprar y renovar de manera compulsiva y enfermiza sus artilugios tecnológicos y ser dominados por su publicidad permanente. Su poder no es el de la violencia sino algo mucho más sutil y a la vez insidioso y perturbador: nuestra inusitada capacidad para la distracción y el entretenimiento permanente, “nuestra hambre infinita de satisfacción inmediata”, sea mediante videojuegos, series inacabables, música electrónica, viajes baratos a cualquier parte del mundo o sexo inmediato, real o virtual. Nuestra presión no viene del Estado, cada vez más insignificante y vacío, sino de nosotros mismos. Somos ciudadanos del mundo feliz huxleiano que lo tenemos todo y queremos más, frente a los orwellianos que no tenían nada. Éstos temían la censura y la prohibición de libros, o que el Estado ocultara información; nosotros no tememos la quema de libros porque no los necesitamos: tenemos toda la información en la pantalla, a la que podemos

46 Ibid., p. 52

47 Huxley, A.: *Un mundo feliz*. Debolsillo, 2014

acceder en cualquier momento en una milésima de segundo. ¿Somos conscientes de esta distopía huxleiana? ¿Somos capaces de decidir entrar o no en ella? ¿Tenemos voluntad de salir? ¿Podríamos hacerlo?<sup>48</sup>

A diferencia de las creencias dogmáticas, la ciencia se permite dudar de sus leyes y admitir sus errores. Lo que no sabemos con certeza es si aquella es consciente, o siquiera si conoce los límites y las consecuencias de tales desarrollos. Como también advierte Lassalle, es probable que asistamos o estemos asistiendo a la retirada del humanismo porque la tecnología ya se ha adentrado en nuestra condición de humanos. En menos de una década hemos pasado de “funcionalidades administrativas, comunicacionales o culturales, a un poder de guía algorítmica de nuestras vidas cotidianas y de organización automatizada de nuestras sociedades”<sup>49</sup>. Y sin embargo, sólo depende de nosotros que las incógnitas ante los grandes avances científicos no se nos vayan de las manos y nos acaben dominando, tal como nos recuerda el paleoantropólogo Juan Luis Arsuaga<sup>50</sup>.

### **Cuando la izquierda cae en la ficción dogmática**

Nos ha parecido sugerente iniciar este apartado final con unas palabras del escritor Javier Marías en su último libro: “Se está creando o se ha creado ya una nueva religión laica, tan intolerante como pudo ser en nuestro país la religión católica. Parece que hay una serie de nuevos dogmas inamovibles y que

48 Peirano, M. Entrevista eldiario.es 8/06/2019. En: [https://www.eldiario.es/tecnología/manipulación-internet\_0\_907459711.html] (Consulta: 6/08/2019)

49 Sadin, E.: La siliconización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital. Buenos Aires, Caja Negra, 2018

50 Arsuaga, J.L.: Vida. La gran historia. Un viaje por el laberinto de la evolución. Destino, 2019

cualquier persona que los cuestione o los matice, o intente razonar sobre ellos, es objeto de exclusión, o incluso, de linchamiento mediático”<sup>51</sup>.

La izquierda tiene sus propios dogmas, como hemos podido ver. El profesor de ciencia política en la Universidad Carlos III, Ignacio Sánchez-Cuenca analiza las principales claves de la ideología de izquierda en su libro “La superioridad moral de la izquierda”<sup>52</sup>. Para este politólogo, la ideología está estrechamente vinculada con la sensibilidad de cada uno ante las injusticias. En este sentido, como ya apuntaron Hume o Fichte, la ideología parte de una concepción moral.

Para Jonathan Haidt, la derecha posee una moral más compleja y diversa que la izquierda porque ésta la reduce a dos valores básicos pero trascendentales para ella: “la lucha por la libertad frente a la opresión y el intento de evitar que las personas sufran”. La moral de la derecha, en cambio, aunque mantiene ambos valores –si bien sus procedimientos para superarlos difieren sustancialmente de la ideología contraria-, los combina con otros tres: lealtad versus tradición, autoridad versus subversión y santidad versus degradación. La democracia cristiana –que se ha desarrollado más en países como Alemania o Chile en su momento, y menos en otros como España- logró aunar en cierto sentido estos valores morales de uno y otro espectro<sup>53</sup>.

Argumenta el autor que las personas de izquierda poseen una sensibilidad mayor hacia las injusticias que las de derechas, de ahí que desarrollen un sentimiento de superioridad moral. Quienes se definen de derecha no les

---

51 Marías, J.: Cuando la sociedad es el tirano. Alfaguara, 2019

52 Sánchez-Cuenca, I.: La superioridad moral de la izquierda. Lengua de Trapo, col. Contextos, 2018

53 Ibid, pp. 42-68

preocupa tanto la desigualdad social y económica, la marginación o la exclusión, el rechazo al diferente, al inmigrante pobre, etc., como la conservación del status social y económico, por muy injusto que sea, y, naturalmente, del individual quienes gocen de una buena posición. Frente a las injusticias sociales, la derecha propone no la solidaridad sino, en todo caso, la caridad y la conmiseración de sus víctimas, sin plantearse jamás la necesidad de modificar las causas que las originan. Ante el riesgo de perder valores y principios fundamentales del sistema o las señas de identidad que configuran la nación, las personas más conservadoras aborrecen de los cambios, aunque sean para mejorar las condiciones de los más desfavorecidos. Para los conservadores creyentes, los pobres lo son por razones del destino que les ha tocado, de cuya elección depende la voluntad de alguien superior; para los no creyentes, los más desfavorecidos lo son por sus circunstancias personales, porque no se han esforzado lo suficiente, o simplemente por su mala suerte en la vida. Asimismo, quienes se sienten de derecha rechazan la acogida de inmigrantes por temor a que éstos impongan su cultura, religión o costumbres y acaben con las más sagradas tradiciones, y, obviamente, con el status; rechazo que se suma al riesgo de ocupar puestos de trabajo en perjuicio de los nacionales, a beneficiarse de los servicios públicos o recibir ayudas que los oriundos del país deberían recibir en su lugar, al miedo a que los inmigrantes cometan delitos, debido a la mala fama extendida en torno a ellos, etc.

Dos son los conceptos que diferencian a una y otra ideología: empatía y responsabilidad individual. Podemos decir que, a mayor empatía, menor responsabilidad individual, y viceversa, siendo aquella más patrimonio de la izquierda y ésta de su contraria. La empatía, como vimos al hablar del

librepensamiento, conlleva indignación por el sufrimiento de los más humildes, de ahí que el fin último de la izquierda sea cambiar el mundo para garantizar un reparto más equitativo de la riqueza que elimine las desigualdades. Por ello, esta ideología pretende “la proyección política de los principios más elevados de la acción moral”. En este sentido, se puede afirmar que la izquierda hereda el ya mencionado imperativo categórico de Kant en su afán de convertirlo en ley universal, por cuanto pretende hacer de la dignidad humana no un medio sino un fin en sí mismo: “obra de tal modo –aconseja Kant- que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca como un medio”. De este modo, la izquierda hace suyo el principio kantiano según el cual la teoría de la justicia se nutre de los principios morales basados en la universalidad. No es otra que la inspiración kantiana la que movió a Marx a proponer como fin último del comunismo la sociedad libre de explotación y opresión bajo la consigna descrita en su “Crítica al programa de Gotha”: *De cada cual, según su capacidad, a cada cual, según sus necesidades*. Podemos decir, en este sentido, que el comunismo podría entenderse como “el reino político de los fines”<sup>54</sup>.

A diferencia de la izquierda, la derecha tiene mayor experiencia de gestión práctica –lo que no implica eficiencia, como podemos observar en tantos casos– porque ha ocupado la mayoría de los gobiernos e instituciones y por más tiempo que aquélla; en este sentido, la derecha posee una superioridad intelectual que le otorga el conocimiento de los recursos y procedimientos de gestión de la

---

54 Ibid., p. 60

administración pública (o de cómo traspasar ésta al sector privado, cuya técnica domina mucho mejor).

Pero esa superioridad moral tiene su precio. Cuando la izquierda ha alcanzado un poder suficiente para gestionar una administración, sea nacional o local, el resultado apenas ha cubierto las expectativas puestas en ella por sus partidarios (la derecha tampoco respecto de los suyos), no por casos de corrupción –salvo excepciones–, sino por desconocimiento o/e ineficacia. En esto se asemeja a su contraria, pero ésta tiene más resortes para permanecer en el poder, mediante medios de comunicación afines, que a la postre le proporcionan un número nada insignificante de votos, así como empresas, fortunas o la propia banca que financian sus campañas a cambio de favores una vez ganadas las elecciones, etc.

Como señala Sánchez-Cuenca, la izquierda, “más preocupada por avanzar hacia el socialismo, ha hecho dejación de funciones en materia de innovación institucional”. La gran aportación de esa ideología, y en particular, del movimiento obrero, ha sido, sin lugar a dudas, la conquista de derechos determinantes para la dignidad y la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores. Pero, como también recuerda nuestro autor, “no se entretuvo demasiado con los asuntos relativos al funcionamiento de la maquinaria democrática”<sup>55</sup>, acaso porque una parte muy importante de ese movimiento no ha creído en la democracia tal como hoy la conocemos, sino en lo que se ha entendido como democracia obrera, que en la terminología marxiana se identifica como dictadura del proletariado.

---

55 Ibid., p. 88



A nadie se le escapa que la democracia realmente existente en los países capitalistas desarrollados y en muchos en vías de desarrollo poco tiene que ver con el sueño de los dirigentes y organizaciones tradicionales del movimiento obrero. Por el contrario, los actuales sistemas democráticos al uso provienen de la tradición liberal, como la división de poderes, la representatividad política marcada por elecciones cada x años, el control parlamentario de las instituciones, o, en el plano social y económico, el Estado de Derecho, que en la mayoría de países de nuestro entorno, ha devenido en Estado del Bienestar, particularmente defendido por la socialdemocracia. No en vano, la única oportunidad histórica que ha tenido la izquierda para llevar a cabo parte de su ideología transformadora –bien es cierto que de manera muy modesta y limitada– ha sido acaso en su variante socialdemócrata, por ser la que “encarna el compromiso más acabado entre moralidad y eficacia políticas”, como señala S.-Cuenca. Ya lo ensayó a comienzos de los años 30 del pasado siglo poniendo en práctica la intervención del Estado en la economía para paliar parte de los efectos devastadores del crack del 29, siguiendo las teorías de Keynes. Teorías que pudo llevar a la práctica durante los años de posguerra y que ha mantenido hasta la década de los 80 como argumento para desarrollar justamente lo que sería el Estado del Bienestar en su afán, no de superar el capitalismo –lo que se había antojado imposible a la vista de la falta de condiciones que permitieran una transformación radical del modelo económico productivo–, sino de hacerlo más *social*, más *humano*. Algo que la izquierda comunista nunca le perdonó hasta el día de hoy. Por consiguiente, debemos a la socialdemocracia una cierta cohesión social y un grado no despreciable de igualdad, bien es cierto, como se ha señalado, que únicamente en las sociedades desarrolladas, y no en todas de la

misma manera, siendo acaso EEUU y Reino Unido los países ricos donde menos ha cuajado el Estado del Bienestar y donde los índices de desigualdad son más altos. Pero ese compromiso se desequilibra cuando la socialdemocracia abandona el ideal de justicia social ante la tentación del neoliberalismo.

Consciente de su superioridad moral, la izquierda se ha entregado a una suerte de trascendencia colmada de verdades atemporales, preexistentes a la voluntad humana. Este idealismo moral lo ha pagado con creces en conflictos internos, escisiones, rupturas, etc., de suerte que su historia es la historia de sus divisiones y particiones quasi infinitas -cuando no de purgas y sectarismos: anarquistas, socialdemócratas, marxistas, socialistas, comunistas... todos ellos con sus múltiples variantes para todos los gustos: maoístas, estalinistas, trotskistas... cada una a su vez con sus corrientes y tendencias que conforman una inabarcable sopa de siglas. Sánchez-Cuenca la denomina izquierda *fisípara*, término tomado de la biología, para explicar su “reproducción mediante la división o fisión”<sup>56</sup>.

Como señala acertadamente Íñigo Errejón en el prólogo del citado libro, la izquierda es como el vehículo en el cual podemos llegar al destino de un mundo más justo, pero su gran problema es que casi siempre se queda ensimismada con el vehículo: discutiendo acerca de las cualidades de su motor, su potencia, el confort interior, el color de su carrocería, metalizada o no, los accesorios, etc. Es decir, el rasgo, o uno de los rasgos más distintivos de quienes se reclaman de izquierda es para el ex dirigente de Podemos, “la cantidad de

---

56 S.-Cuenca, *ibid.*, p. 69

tiempo, energías y salud que gastan en definirse, reivindicarse y batallar con otros por el título”<sup>57</sup>.

Seguramente, a la izquierda le falte hacer suya la combinación de dos éticas anunciada por Max Weber: la ética de las convicciones con la ética de la responsabilidad, bajo un pensamiento democrático y emancipador. Como señala Errejón, para las convicciones, es preciso aplicar los principios morales, y para la responsabilidad, aplicar sus consecuencias. A juicio de este politólogo, esta práctica weberiana pondría a la izquierda en una tesitura poco común en su praxis, como es “tratar con la imperfección”, es decir, con las contradicciones, lo que supone también aceptar las ideas no sólo en virtud de su pureza, sino también, y acaso principalmente, en virtud de sus efectos. Sirva como ilustración de esta práctica la siguiente pregunta: ¿no ha priorizado tal vez la izquierda posmoderna un discurso centrado en cuestiones como el antirracismo, el feminismo o los derechos LGTBIQ frente a las reivindicaciones tradicionales de los derechos de los trabajadores, las luchas contra el desempleo y la precariedad o las mejoras de las condiciones laborales? Sin menospreciar las primeras, quizá la izquierda no debería dejar tan de lado como lleva haciendo desde hace tiempo las segundas demandas y ponerlas todas al mismo nivel.

No es menos cierto, tal como se ha comentado, que cuando la izquierda comunista se ha hecho con el poder tras una revolución, su superioridad moral ha acabado en pesadilla: “el exceso de moralidad en la política, típico de la izquierda más radical, lleva a intentar realizar la justicia a toda costa, aun si eso implica un coste social enorme”, recuerda Sánchez-Cuenca. De hecho, cuando

---

57 Errejón, I.: Prólogo. En: S.-Cuenca, *ibid*, pp. X-XII

el comunismo ha ejercido el poder, su seña de identidad no ha sido la construcción de la sociedad ideal sin clases que teorizó Marx, sino, por el contrario, la eliminación del enemigo, fuera éste cual fuere, en especial si se trata de un crítico o un disidente de sus propias filas. Para esa izquierda, quienes se oponen al ideal comunista son enemigos de la humanidad.

A pesar de ello, y aunque la izquierda comunista proclame haber superado el horror provocado por las tentativas de poner en práctica el ideal comunista, su capacidad de reinventarse no tiene límites. Si algo tenemos que reconocerle es esa fuerza inspiradora universal de mantener la lucha por un mundo más justo. Lo que a estas alturas sigue sin quedar claro es el cómo.

A diferencia de la izquierda, su adversaria política sabe manejar mucho mejor la teoría y la política económicas y llevar a la práctica todo cuanto de ellas responde a sus intereses. En este sentido, el liberal viene a ser un ingeniero social cuyo objetivo es sacar el máximo partido posible a las transacciones, tanto económicas como sociales. La derecha no tiene particular aprecio a la administración y a los servicios públicos, de tal suerte que no pone reparos a la hora de sacrificar éstos en función de sus intereses. Es decir, no vacila en privatizar servicios esenciales para la comunidad, como la educación o la sanidad, en aras, no necesariamente de su eficacia o eficiencia –aunque ése sea el discurso–, sino del máximo beneficio a empresas privadas, muchos de cuyos accionistas, consejeros, etc., son amigos o familiares de responsables políticos, o éstos mismos una vez concluido su mandato, mediante las consabidas *puertas giratorias*. Muchos políticos socialdemócratas también han caído en esta tentación, como bien sabemos, e incluso, determinados miembros de partidos comunistas y afines, como también conocemos.

Tal como hemos podido comprobar en no pocas ocasiones, buena parte de los discursos conservadores en campaña electoral para ganar votos es la bajada de impuestos, a la par que la mencionada eficiencia de los servicios. Pero muchos votantes de las derechas no parecen preguntarse cómo es posible mejorar aquéllos bajando la fiscalidad. La respuesta evidente es su privatización, sea directa o encubierta. Pero a esto hay que sumar, como suele ocurrir, unas subidas impositivas a trabajadores con nómina, autónomos, pensionistas, etc. – nunca anunciadas en las campañas-, junto con otras medidas como *amnistías fiscales* a la banca y a grandes empresas y fortunas –en esto consistían las reducciones de la fiscalidad anunciadas antes de las elecciones-. Como señala el economista Fernando Luengo, para el sector conservador neoliberal, “el Estado es intrínsecamente ineficiente y despilfarrador, mientras que el sector privado se comporta de manera eficiente y racional”<sup>58</sup>. Con esta premisa se justifica el desvío de dinero público al ámbito privado, a fin de garantizar el crecimiento económico, “gran icono de la economía convencional”.

Para el neoliberalismo, el dinero siempre va estar mejor en el bolsillo de las empresas que en las arcas del Estado, pues son aquéllas quienes, a la postre, saben cómo invertirlo y sacarle rentabilidad. Pero lo que las derechas no explican es por qué la reducción de impuestos a las grandes empresas y a la banca apenas contribuyen a reforzar la inversión productiva; o por qué sus gobiernos, bien es cierto que con el beneplácito de la socialdemocracia, les han transferido ingentes cantidades de dinero: por ejemplo, a concesionarias de

58 Luengo, F.: *Impuestos, ¿quién los paga? ¿cómo se utilizan?, estas son las cuestiones*. En: Público, 17/08/2019 [<https://blogs.publico.es/fernando-luengo/2019/08/17/impuestos-quien-los-paga-como-se-utilizan-estas-son-las-cuestiones/>] (Consulta: 17/08/2019)

ruinosas autopistas privadas españolas –más de tres mil millones de euros-, o a la banca –en España, como sabemos, más de 60 mil millones de euros-, a fin de rescatarlos de los efectos de la crisis de 2008 y resolver con dinero público sus problemas de liquidez, causada, en buena medida, “por una gestión arriesgada e ineficiente, responsable del crack financiero”, como recuerda Luengo. A la postre, quien paga tales desmanes del sector privado es el Estado, vale decir, los ciudadanos.

El fin último de estas políticas de socavamiento del sector público es reducir a su mínima expresión la capacidad financiera de los Estados para atender sus necesidades de gasto. Una vez debilitado ese sector y reducidas a su mínima expresión las políticas sociales, se abre un espléndido panorama de negocio para la empresa privada, en especial, las grandes corporaciones, justamente en los campos que las políticas de debilitamiento del Estado han dejado agostados: privatizaciones de pensiones o de empresas públicas, cuya mala gestión han provocado su déficit, externalización de servicios públicos como consecuencia de un mal funcionamiento a causa también de una gestión ineficiente, emisión de deuda pública en los mercados como consecuencia del déficit en las cuentas del Estado, etc. De todo ello se benefician los fondos de pensiones privados, los intermediarios financieros, la misma banca, las grandes fortunas, y en general, las élites económicas nacionales e internacionales. Se trata, en definitiva, como se ha dicho tantas veces, de socializar las pérdidas y de privatizar las ganancias.

Tras el éxito obtenido por el neoliberalismo de Miton Friedman a cargo de los *Chicago Boys* en el laboratorio que fue el régimen del dictador chileno Augusto Pinochet, sus tesis han recorrido el mundo hasta dominarlo en su

práctica totalidad. Margaret Thatcher en Reino Unido y Ronald Reagan en EEUU han sido, como sabemos, sus principales valedores, seguidos por otros dirigentes de las derechas más conservadoras hasta el día de hoy, con Donald Trump a la cabeza: Angela Merkel, José M<sup>a</sup> Aznar seguido de Rajoy, Salvini, Macron, Theresa May o Boris Johnson, Bolsonaro, Macri, Piñera y un largo etcétera.

Como hemos visto, el sueño de este nuevo liberalismo es la razón del mercado en perjuicio del Estado y de lo público. Las consecuencias de esta filosofía política son bien conocidas: crecimiento de la desigualdad, concentración del poder económico, ingeniería financiera, extensión de los paraísos fiscales, desprestigio de la política, de los políticos y de la propia democracia... Todo ello ha calado en el imaginario social y forma ya parte de una cultura generalizada de desprestigio de lo público.

En ese orden de cosas, podemos afirmar que las tesis de la derecha neoliberal han triunfado, frente a una izquierda ensimismada en su superioridad moral, pero incapaz de ofrecer respuestas a un panorama que se nos antoja desolador. Aquella no se ha percatado todavía de que no basta con el optimismo de la voluntad para realizar las transformaciones necesarias.

Es forzoso, pues, darle la razón a Lenin en su tesis sobre la enfermedad infantil del izquierdismo cuando critica las corrientes más radicales en su afán por no participar en los parlamentos y en otras instituciones burguesas, o como en el caso español, no aceptar la cooperación con un gobierno socialdemócrata, justamente para obligarle a ejercer políticas en favor de los más necesitados.

Un análisis errático de las condiciones objetivas o de confundir éstas con el deseo de revolución sin que en absoluto se den las premisas para llevarla a

---

cabo, sigue llevando a una parte de la izquierda a un callejón sin salida posible. En las poquísimas ocasiones que se dan para formar parte de un Gobierno socialdemócrata, no se puede perder la oportunidad de ejecutar medidas que la única corriente ideológica crítica con el sistema capitalista ha teorizado hasta la saciedad. Aun sabiendo que la coalición o la cooperación con tal Gobierno no va a traer la utopía de otro mundo posible sin miseria, sin explotación ni desigualdad que garantice la vida digna de millones de excluidos, humillados y ofendidos en un mundo ecológicamente sostenible, es un imperativo moral kantiano, o si se prefiere, un deber revolucionario, acometer ese ideal con los únicos mimbres posibles que la izquierda tiene a día de hoy. Lo contrario es mantenerse en la hipnosis de una ficción dogmática estéril.

### **Bibliografía**

Álvarez Junco, J. (2016). *Dioses útiles*. Galaxia Gutenberg.

Arsuaga, J.L. (2019). *Vida. La gran historia. Un viaje por el laberinto de la evolución*. Destino.

Bauman, Z. (2019). *Modernidad líquida*. FCE.

Camps, V. (2017) *Aporofobia, el rechazo al pobre*. Paidós.

Diccionario Akal de Filosofía. 2004 [<http://josemramon.com.ar/wp-content/uploads/Diccionario-Akal-de-Filosofia.pdf>]

Domènech, A. (2019). *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*. Akal.

Elliot, J. (2019). *Catalanes y escoceses, unión y discordia*. Taurus.



- Ensignia, J. *¿Europa dice sí al populismo ultranacionalista?* En: Revista Panorámica [<http://www.panoramical.eu>]
- Gellner, E. (2019). *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*. Gedisa.
- Harari, Y.N. (2019). *21 lecciones para el siglo XXI*. Madrid, Debate.
- Hernández, E. (2019). *El final de la hipótesis Dugin y las lecciones que nos está enseñando Italia*. En: [[https://blogs.elconfidencial.com/espana/postpolitica/2019-08-11/salvini-duguin-trump-globalizacion-ue-alemania\\_2172487/](https://blogs.elconfidencial.com/espana/postpolitica/2019-08-11/salvini-duguin-trump-globalizacion-ue-alemania_2172487/)]
- Huxley, A. (2014). *Un mundo feliz*. Debolsillo.
- Kedourie, E. (2015). *Nacionalismo*. Alianza Editorial. Ed. rev. de 1960.
- Kuhn, T. (2006). *Estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica.
- Lassalle, J.M. (2019). *Ciberleviatán. El colapso de la democracia liberal frente a la revolución digital*. Barcelona, Arpa.
- Luengo, F.: *Impuestos ¿Quién los paga? ¿Cómo se utilizan? Éstas son las cuestiones*. En: Público, 17/08/2019 [<https://blogs.publico.es/fernando-luengo/2019/08/17/impuestos-quien-los-paga-como-se-utilizan-estas-son-las-cuestiones/>]
- Lewis, B. (1968). *The emergence of modern Turkey*. Oxford, 2ª ed..
- Lévinas, E. (2003). *De otro modo que ser o más allá de la esencia*. Sígueme.
- Id. (2000). *Ética e infinito*. Antonio Machado Libros.
- Mandelstam, N. (2017). *Contra toda esperanza. Memorias*. Acantilado.
- Marías, J. (2019). *Cuando la sociedad es el tirano*. Alfaguara.
- Orwell, G. (2018). *1984*. Debolsillo.

Peirano, M. (2019). *El enemigo conoce el sistema*. Debate.

Id. *Entrevista*. eldiario.es 8/06/2019. En:

[[https://www.eldiario.es/tecnología/manipulación-internet-\\_0\\_907459711.html](https://www.eldiario.es/tecnología/manipulación-internet-_0_907459711.html)]

Quesada Talavera, B.A. (2011). *Aproximación al concepto de “alteridad” en Lévinas. Propedéutica de una nueva ética como filosofía primera*. En: *Investigaciones Fenomenológicas*, vol. 3, 2011: Fenomenología y política, pp. 393-405

Renan, E. (1882). *Qu'est-ce qu'une nation?*. París.

Roth, P. (2018). *¿Por qué escribir? Ensayos, entrevistas y discursos (1960-2013)*. Random House.

Sadin, E. (2018). *La siliconización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*. Bs. Aires, Caja Negra.

Sánchez-Cuenca, I. (2018). *La superioridad moral de la izquierda*. Lengua de Trapo, col. Contextos.

Vilar, P. (1978). *Historia de España*. Cátedra.

Villacís, Carlos: El concepto de librepensamiento. ¿Quiénes son los librepensadores? En: [<https://academiaplay.es/concepto-librepensamiento-quienes-son-librepensadores/>]

- Bibliotecario de la Universidad Complutense, licenciado en Filología Hispánica, máster en documentación científica, especialista universitario en Ciencia, Tecnología y Sociedad. Presidente de las Brigadas Internacionales para la Cooperación con Bibliotecas de América Latina, director de proyectos de cooperación de la AECID y Universidad Complutense de Madrid en materia de bibliotecas y archivos. Autor de artículos sobre cooperación en países en desarrollo y reflexiones críticas sobre temas políticos y sociales en publicaciones como *Mientras tanto*, *Nueva Tribuna*, *Eco*, *El Viejo Topo* y otras. Autor de artículos y libros sobre biblioteconomía y documentación (*Tesaurus de Educación Superior*; *Evaluación de la calidad en bibliotecas*, compromiso con lo público;

Operaciones de la cadena documental. En colaboración: Temas de biblioteconomía universitaria y general; Tratado básico de biblioteconomía; De volcanes llena: Biblioteca y compromiso social; Información, biblioteca y conocimiento en el marco de la globalización neoliberal; La universidad en el comienzo de siglo: una respuesta entre el pragmatismo y la utopía)